

ÉGLOGA OCTAVA.

Cayo Asinio Polion fué el reparador de la fortuna de Virgilio y de su familia; por cuyo consejo emprendió las bucólicas, y el que le introdujo en la amistad de los primeros personajes de Roma, y por ellos en la gracia de Augusto. Tantos títulos de estimacion y agradecimiento tenía para con Virgilio. Después de la union de Octavio con Marco Antonio, en cuya reconciliacion trabajó, obtuvo el consulado; y habiendo marchado contra los Dálmatas los subyugó, y el Senado le discernió los honores del triunfo. Horacio con este motivo le escribió una hermosa oda, que es la primera del libro segundo; y Virgilio no debía callar: mas sin rivalizar con Horacio expresó en pocos versos cuanto exigian las circunstancias, su amistad y su agradecimiento. Este trozo, aunque de poca extension, está lleno de fuego y de sensibilidad. Después de una exposicion sencilla, clara y rápida, en que el poeta de un solo rasgo pinta los actores y el lugar de la escena, entra inmediatamente en materia, y emprende el elogio de Polion, ántes de referir los cantos de los pastores. Tan seguro estaba de la fuerte y seductora impresion que sus primeros versos debian hacer, que su musa, inflamada por lo mismo que acababa de decir, se aprovecha de este momento de inspiracion, para tributar á su ilustre amigo su admiracion y su reconocimiento.

Este elogio de Polion es un modelo de delicadeza en su género, y tan afectuoso, que el lector se siente movido á amar lo que elogia. Tal es el talento de Virgilio, sea que celebre la gloria de Polion ó de Mecenas, sea que cante los beneficios de Augusto. En este, los votos que forma por su héroe interesan, y sin hacer alarde de elogiarlo, se contenta con decirle:

..... ¿No vendrá el día
En que tus hechos cante la voz mia?
Tus versos, dignos sólo
Del famoso coturno sofocleo,
¿Cuándo al aura darálos mi deseo,
Y en triunfo llevaré de polo á polo?

Este elogio puede servir de modelo á los que se encuentren en circunstancias semejantes á las de Virgilio por su modestia, su gracia y su urbanidad. Los elogios en la pluma de Virgilio no chocan á la razón, áun á la más severa; porque no son bajos, ni hinchados, y siempre llevan por base el sentimiento. Los elogios exagerados se despegan; porque la exageracion, donde quiera que se halle, no es otra cosa que la mentira disfrazada bajo sentimientos artificiosos. Además, ha de observarse el estilo y la armonía de los versos: cuando habla de su héroe se vale de expresiones pomposas: *Tu mihi, seu magni superas jam saxa Timavit*; y cuando habla de sí mismo adopta un estilo sencillo y modesto: *En erit unquam ille dies, mihi cum liceat tua dicere facta?* Pero al volver á hablar de Polion su musa recupera el tono elevado. ¡Qué cosa más pomposa y magnífica que los versos siguientes!

*Ut liceat totum mihi ferre per orbem
Sola sophocleo tua carmina digna cothurno?*

Pues al mismo tiempo que dan una idea del genio de Polion, caracterizan también el de Sófocles, cuyo estilo era grande y majestuoso. Ultimamente, concluye dedicándole esta égloga; ¡pero con qué ingeniosidad y destreza! Le conlura á que acepte este homenaje de las musas campestres!

permitiendo un lugar á la humilde hiedra entre los laureles del triunfo que circundan su frente. La palabra *hederam* está colocada con todo cuidado y como escondida entre *victrices* y *lauros*.

Garcilaso imitó esta dedicatoria en su égloga primera, donde hablando con D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafraña y Virrey de Nápoles, le dice:

En tanto que este tiempo que adivino
Viene á sacarme de la deuda un día,
.....
.....
El árbol de victoria,
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente,
Dé lugar á la yedra que se planta
Debajo de tu sombra y se levanta
Poco á poco *arrimada á tus loores*.

Sobre lo cual dice el Sr. Hermosilla, en su obra citada anteriormente, con aquella juiciosa crítica que le es peculiar: «que representándose el poeta bajo la imágen de una hiedra y á su Mecenas bajo la de un árbol, á cuya sombra crece la hiedra, ya no debe decirse que esta se *levanta arrimada á los loores de aquel*, porque las hiedras no se arriman, ni pueden arrimarse á las alabanzas, ni éstas pueden sostener hiedras.»

V. 6. *Seu magni superas jam saxa Timavi*... Sobre la designacion de este rio los intérpretes se han dividido en opiniones, deslumbrados por el adjetivo *magni*; pero despues de cuanto con razon y sin ella han dicho sobre este particular, lo único que se puede asegurar es, que el Timavo es un riachuelo que conserva el mismo nombre, situado en la anti-gua Carnia, hoy Frioul, provincia del reino Lombardo-Veneto, que desemboca en el golfo de Trieste y nace de peñas escarpadísimas.

V. 7. *Illiryci æquoris*, es hoy el Mar Adriático ó Golfo de Venecia. Todo esto es referente á la expedicion de Polion

contra los Dálmatas, fácil ya de entenderse por lo que queda dicho.

V. 16. *Incumbens tereti Damon sic cœpit olivæ...* Langeac tradujo: *Penche sursa houlette*, «apoyándose sobre su cayado»; lo que además de no conformarse con el texto, es posición en que no puede estar un hombre mucho tiempo. Fray Luis de Leon tradujo:

Al tronco de un olivo recostado.

V. 19. *Quamquam nihil testibus...* Es referente á la opinión de que los perjuros de los amantes eran impunes; y por eso dijo Ovidio:

*Nec timide promitte; trahunt promissa puellas:
Juppiter ex alto perjuriam ridet amantum.*

V. 22. *Mœnalus...* El primer verso de este cuadro, por su singular armonía, da una idea muy poética de los bosques menalos. Estos bosques que el dios Pan llenó de susacentos y que resuenan en constante armonía, escuchan también sin cesar los cantos de los pastores: *Semper pastorum ille audit amores*. En el primer verso se oye la armonía que resuenan los bosques del Menalo, y en el segundo son ellos los que escuchan:

Sí, que el monte Menalo dulcemente
Resuena siempre en selvas armoniosas,
Y oye constantemente
Los suspiros y amores
De inocentes pastores.

Esta es la poesía. Pocas veces expresa las cosas como son; va siempre envuelta en sombras é ilusiones, pero diciendo y enseñando la verdad. Bien conocida es la Eva de Milton, que cuando nace á la vida se admira de cuanto la rodea, hasta de ella misma. Escucha el murmullo del arroyuelo, y al mirarse en su onda, cree ver en ella otro ser su semejante. Nada sabe,

nada profundiza; ni conoce de los objetos más que las impresiones que de ellos recibe: todo la deslumbra, y su alma está como encantada.

Omitiendo el pasaje de Milton, voy á insertar aquí otro equivalente, sacado de la *Inocencia perdida* de mi sabio maestro D. Félix José Reynoso, cuyo poema, por su dicción eminentemente poética, acaso será el más acabado modelo de poesía que enriquece nuestro Parnaso. Pintando el estado de inocencia de nuestros primeros padres, dice:

No en tierno brillo la rosada Aurora
De oriámbar pintando el vago cielo,
Alza el cabello de la mar sonora,
Lloviendo perlas al florido suelo:
Ni de gualda y carmin Iris colora
En ledos visos su esmaltado velo,
Cual á los ojos se presenta hermosa
Del feliz hombre la feliz esposa.

Nudo en ambos el cuerpo, mas celado
En dulce lumbre de inocencia pura,
Cual Febo en vivas ráfagas velado
En su esplendor esconde su figura.
No entónces viles hijas del pecado
Torpes vestes cubrieron la alta hechura,
Do hiciera entre sus obras larga muestra
De su inmensa beldad la eterna diestra.

.....
.....
Así lazados en sabrosos nudos
Los humanos pisaban los verjeles
Del aromoso Eden. So el pié desnudo
De Adán se elevan súbito claveles;
Do fija Eva sus plantas, el menudo
Césped brota azucenas: en pos fieles
Mudos brutos le rinden vasallaje.
¡Padres felices de infeliz linaje!
Alza la vista Adán. Por la ancha esfera,
Morada inmensa de fulgente día,

Ve al Sol nadar en luz, y en su carrera
Llover vida á los séres y alegría.
La frutecida Tierra considera,
El hondo muro, que romper porfia
Bramante el mar: y vese dueño solo
De Cinosura hasta el remoto polo.

.....
Ve el universo Adan, ve su morada
Y queda inmóvil; cual de suelo pario
Brilla en real jardin piedra animada
Por mano de famoso estatuario.
Eva lo ve, y examinar le agrada
Las varias plantas, el esmalte vario
Que en colgantes sus flores eslabona,
Y entolda el prado, y el verjel corona.

Mueve el pié terso hácia el nevado rio,
Que por cauce de lirios resbalando,
Aquí el jazmin retrata, allá sombrío
Mecido el olmo por el aire blando.
Alzan las crestas sobre el lecho frio
De argentados vivientes mudo bando
Por ver á su señora, y ella en paga
Los lleva á su regazo y los alhaga.

Tal vez se llega quedo á la honda pura
Por saber lo que guarda el hondo seno,
Y entre guijuelas de oro su figura
Mira temblar bajo el cristal sereno.
Ya en la frente del toro con blandura
La palma asienta; ya en el bosque ameno
Párase á oír la alondra, que gozosa
Vuela del árbol y en su mano posaa

¿A quién no encanta esta pintura del candor é inocencia de nuestros primeros padres? ¿Y quién es el insensible que no se siente arrebatado al leer semejante poesía? En ella no se cuida el poeta ni de los efectos ni de las causas; y vivamente afectado, no ve de los objetos sino lo que la imaginacion le presenta; la ilusion embellece y anima todo á su vista. Al ver

Adan el universo, queda pasmado; así como una estatua hermosísima puesta en real jardin, y en la que sólo se echa de ménos la animacion. Eva va examinando los objetos del paraíso, como encantada, y engreida en una sorprendente curiosidad. Todo para ella es nuevo; su ignorancia es su inocencia, y así halaga á los peces del rio, que saltan á su regazo, como asienta su blanda palma sobre la frente del toro; lo mismo se detiene admirada á contemplar su imágen que tiembla en el cristal de las aguas, que se pára embebecida á oír la alondra que canta sobre el árbol del bosque, y vuela á su mano. Por eso Michaud dice que la poesia no ejerce su influjo sino en los siglos en que el espíritu humano no se precia de saberlo todo, y que es desatendida en los que se pretende saber, porque desterradas las ilusiones pierde sus más vivas imágenes. Que en los siglos de imaginacion es como Eva revestida de su inocencia; y en los siglos de análisis es la misma Eva despues de su caída, y cuando con su inocencia ha perdido su ignorancia y su candor.

El Menalo es un monte de la Arcadia, region del antiguo Peloponeso, hoy la península de Morea sobre el Mediterraneo, cuyo monte estaba consagrado al dios Pan. Ha pertenecido al imperio de Turquía, y hoy compone el nuevo Estado independiente de la Grecia, cuyos límites y demas circunstanacias aún no están acabados de fijar.

V. 26. *Mopso Nisa datur! quid non speremus amantes?*... El verbo *speremus* está tomado irónicamente, y el sentido todo de este pensamiento es contra Mopso. Algunos intérpretes han creído ver en estos versos la expresion del dolor; yo sólo veo, con Michaud, la expresion de la cólera. Cuando un hombre se ve engañado en sus amores, más es el aborrecimiento que concibe contra su rival que el amor que conserva á su dama; y así, debe comenzar por expresar su cólera, que es lo que más le ocupa. Esta afeccion me parece la verdadera, aunque la ironía no todos la perciban á primera vista por su delicadeza; pero esa es su mayor belleza, porque, á no serlo, perderia una gran parte de su mérito, y así he dicho:

Nise á Mopso se entrega. ¿Qué esperanza

Nos queda á los amantes?

Fr. Luis de Leon lo tradujo:

Casó Nise con Mopso; ¿qué mixtura
No templará el amor?

Langeac vertió:

Belle Nise, á Mopsus on ose te livrer!
¡Eh! ¿qui donc en amant ne doit plus esperer?

Garcilaso imitó este pensamiento en su égloga primera; pero lo amplificó mucho, y todas las quejas de Salicio se dirigen contra Galatea, aunque la habla de su rival con desprecio.

V. 27. *Gryphes...* El grifo, animal fabuloso, cuya parte superior es de águila y la inferior de leon.

V. 29. *Novas incide faces...* Corta ó prepara las hachas ó teas nupciales. Los antiguos en un principio celebraban las bodas de noche, y para conducir la novia á la casa del novio la alumbraban con hachas, que algunos dicen eran precisamente cinco, cuya costumbre despues se conservó, aunque se celebrasen con la luz del dia.

V. 30. *Sparge, marite nuces...* Es conforme al adagio, *nuces relinquere*, «dejar de ser niño.» Son muchas las explicaciones que los intérpretes dan á esta sentencia. La que me parece más natural es, que los jóvenes, compañeros del recién casado en los juegos de la infancia, acudian á cantar y á festejar á los novios la noche de la boda, y aquél les repartía ó tiraba nueces para agasajarlos, y para significar con esto que se despedía de sus juegos, porque los niños jugaban con nueces; y lo dice Persio:

Nucibus facimus quæcumque relictis.

V. 30. *Tibi deserit Hesperus Oetam...* El Oeta era un monte de Tesalia, hoy *Janna*, provincia de la Turquía Euro-

pea, que por ser el más oriental del antiguo continente, tomaban de él el nacimiento de los astros. El Héspero es el astro de Vénus, que cuando aparece detras del sol al anocheecer, se llama Héspero ó Véspero, y cuando le precede por la mañana Lúcifer ó Lucero.

V. 34. *Hirsutumque supercilium...* En el entrecejo se pintan todos los afectos del corazon. El P. Leon tradujo esto así:

La que mi sobrecejo y mi cayado,
Mi barba y mi zamponía aborrecia.

V. 37. *Sæpibus in nostris...* Este cuadro hasta el verso 41 está imitado del idilio de Teócrito titulado el *Ciclope*: Allí dice Polifemo á Galatea:

Me enamoré de tí, doncella, cuando
Primera vez viniste con tu madre,
Y querias coger de las montañas
Las hojas del jacinto, y yo enseñaba
El camino: ni pude desde entónces,
Ni despues, ni hora descansar sin verte.

Pero los versos de Virgilio son más ricos, más sentimentales y tienen más ingenuidad. Damon encuentra con Nise por la primera vez en el jardin de sus padres: *sæpibus in nostris*. Nise era niña, *parvam*, cuya circunstancia es muy interesante y anuncia una pasión muy antigua. ¡Qué gracia y sencillez en estas palabras colocadas en medio de la frase! *Dux ego vester eram.* ¿No parece que se ve á Damon marchar ufano y lleno de vanidad delante de Nise y de su madre, para enseñarles las frutas más bellas de su jardin? Todo esto toma un doble valor al reparar que Damon era aún niño, pues apenas podía alcanzar á las ramas bajas.

Los héroes del romance griego de Longino son dos niños, y sus amores nos interesarían menos si los hubiera supuesto en una edad más adulta. Sin detenerme en ello, pasemos á ver otro ejemplo no menos interesante y candoroso en el romance de Pablo y Virginia, que puede considerarse como

una pastoral, y en donde Saint-Pierre nos pinta la pasión de dos niños, á cuyos amores da un tono y colorido más interesantes su propia inocencia.

«Nada era comparable al amor que los dos niños empezaban á tenerse. Si Pablo se quejaba, le presentaban á Virginia; y al punto que la veía, se sonreía y callaba. Si Virginia se veía en algun apuro, inmediatamente se advertía por los gritos de Pablo; pero esta amable niña disimulaba al instante cualquiera desazon, porque él no participara de ella... Luego que empezaron á hablar, los primeros nombres que aprendieron á darse fueron los de hermano y hermana, que son los más dulces que conoce la infancia. Su educación no hizo más que redoblar su amistad, dirigiéndola hácia sus necesidades recíprocas. Virginia se halló muy temprano en estado de gobernar la casa... Pablo todo el día en continuo movimiento cavaba en el jardín con Domingo, ó le seguía al monte con una hachuela en la mano; y si por el camino avisaba alguna hermosa flor, alguna fruta rara, ó un nido de pajaritos, áun cuando estuviera en la cima de un árbol, trepaba á él para cogerlo y llevárselo á su hermana.»

Virgilio comienza pintando la inocencia de un amor infantil, y acaba por describir el amor en toda la vehemencia de que es capaz: *ut vide, ut perii, ut me malus abstulit error!* Tal es el efecto de una impresión súbita, y que debe durar tanto como la vida del pastor. Labruyere ha dicho, que el amor que se engendra de improviso es el más imposible de curar. Recine en su tragedia *la Fedra* reprodujo estos pensamientos con toda la gracia y viveza de que era capaz. Y nuestro D. Manuel José Quintana en su oda á Celida dice:

La ví, temblé, me estremecí; vencido
VÍ ya que iba á quedar de tanto halago;
Pero no pude huir: su blando acento
Hasta el seno más hondo y escondido
Llegó del pecho, y completó el estrago.

Teócrito en su idilio segundo titulado *la Encantadera*, hace decir á esta:

¡Ay mel! como le ví, como furiosa
Mísera yo quedé, y el pecho mio
Tiernamente tocadol mi belleza
Se deshacía, y ya no más cuidaba
De aquella pompa, ni tornar á casa
Sabía, y me acosaba un mal ardiente.
Conde.

Fr. Luis de Leon no fué feliz en la version de este trozo tan notable, citado por Blair como un modelo de la sencillez y candor que deben caracterizar el estilo de los pastores:

Pequeña y con tu madre, y yo por guía,
Te ví entre mis frutales hacer daño;
Las bajas ramas ya alcanzar podia,
Y encima de los doce andaba un año,
Como te ví, te dí, ¡ay! el alma mia,
Llevóme en pos de sí preso el engaño.

V. 43. *Nunc scio quid sit amor.* Despues de habernos pintado el amor con todas las gracias de la inocencia, pasa á quejarse de su crueldad, y su dolor no conoce límites. Nise ha sido traidora á su amor, y el pastor tiene derecho á quejarse del abandono y tormento á que se ve reducido. *Nunc scio quid sit amor.* Estas palabras sirven de transición y preparan las imprecaciones contra el amor. Ya, pues, no es un infante inocente y hermoso; es una fiera salida de las peñas del Ródope, etc.

De las peñas del Ródope insensible,
O del fragoso Etmáro empedernido,
O de los más remotos Garamantas
El fiero ha procedido.

Teócrito, de quien está imitado, dijo en *Comasta*:

Conozco hora el amor: es un dios fiero,
Que las tetas mamó de una leona,
Y en los montes su madre le criaba,

Sobre el Ródope véase la nota al verso 30 de la égloga sexta. El Etmaro, ó más bien Tmaro, es un monte del antiguo Epiro, hoy Albania, que pertenece á la Turquía Europea y algunos lo han confundido con el Ismaro. Los Garamantas eran pueblos del África muy bárbaros, y de costumbres feroces.

V. 47. *Sævus amor docuit.* Es bien conocida la fábula de Medea que mató á sus hijos por vengarse de su marido Jason, que la había repudiado. Séneca compuso una tragedia sobre este pasaje, titulada *Medea*.

V. 52. *Nunc ovés ultro fugiat lupus...* Estas imágenes están imitadas de Teócrito, y tanto en el poeta latino, como en el griego, tienen un fondo de verdad bien conocida. Véase lo que dejo dicho en la nota al verso 34 de la égloga quinta al final.

V. 56. *Inter Delphinas Arion...* Arion fué célebre músico, y cuenta la fábula que navegando desde Italia á Grecia los marineros lo quisieron matar por apoderarse de sus riquezas, y habiéndoles suplicado le permitiesen tocar alguna cosa para morir más consolado, se vieron acudir los delfines al derredor de la nave atraídos de su armonía, y entónces saltando sobre ellos los mismos delfines lo sacaron á puerto seguro. Puede verse á Ovidio, libro II *De fastis*:

V. 59. *Præceps aërii specula...* Es célebre en la historia el salto de *Léucate*. Los amantes que llegaban á hallarse inconsolables, ó más bien desesperados de sus amores, creían que arrojándose al mar desde este promontorio quedaban libres de sus tormentos; cuya bárbara creencia arrastró muchas víctimas, y entre ellas á la célebre poetisa Safo, desesperada de poder reducir á sus amores al jóven Faon. Este promontorio estaba situado en una isleta del propio nombre, que hoy se conoce con el de Leocadia, y pertenece á la república de las Siete Islas Jónicas al N. O. de la península de Morea. A esto mismo alude lo que Teócrito dice en boca de Conasta:

¡Ay de mí! ¿qué será de mí cuitado?
Ni me oyes, y el pellico desnudando

Yo saltaré á las ondas donde acecha
Opis el pescador á los atunes;
Y aunque no muera, tú serás contenta.

V. 62. *Hæc Damon...* Esta transición á la segunda parte de la égloga es ingeniosa y poética; mas con este motivo, no puedo dejar de llamar la atención de los lectores sobre la imitación que de ella hizo Garcilaso, para pasar de los cantos de Salicio á los de Nemoroso en su primera égloga, cuya poesía por su rotundidad y perfección es extremada:

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y suspirando en el postrer acento,
Soltó de llanto una profunda vena.
Queriendo el monte al grave sentimiento
De aquel dolor en algo ser propicio,
Con la pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena
Casi como dolida
Y á compasión movida,
Dulcemente responde al són lloroso.
Lo que cantó tras eso Nemoroso,
Decidlo vos, Piérides: que tanto
No puedo yo, ni oso,
Que siento enflaquecer mi débil canto.

V. 64. *Effer aquam...* La segunda parte de esta égloga está imitada del idilio segundo de Teócrito. Racine consideraba al idilio griego como uno de los mejores poemas de la antigüedad. Este juicio de Racine es seguro, y no pudo decir lo mismo de esta composición de Virgilio, porque le faltó mucho para acercarse al original griego. El poeta latino no ha tomado de aquél mas que las ceremonias mágicas; y Teócrito le lleva la ventaja de haber expresado con ellas el sentimiento y la pasión. En Virgilio no se conocen los personajes; la mujer que acude á los sortilegios para atraer á Dafnis á su amor, no está caracterizada, y aunque en cada copla se repite el nombre de Dafnis, esto no basta; por lo que

es imposible tomar interes por personas desconocidas. En Teócrito se ve desde luego la mujer que arrebatada de una ardiente pasion acude á los sortilegios; que cuenta el origen y los progresos de su amor; que da noticias de su amado; que relata cómo le conoció, cómo llegó á amarlo perdidamente, y de la manera que le ha venido á ser infiel. La descripcion de las ceremonias mágicas va unida en Teócrito al interes del sentimiento; las ideas supersticiosas se mezclan con las del amor, y se prestan un interes y apoyo mutuo; dice:

Mira, ya calla el mar, callan los vientos;
Mas no calla el dolor del pecho mio;
Pues en amor de aquél toda me abraso,
Que á mí, cuitada, de mujer, infame
Hizo, y que ya no sea más doncella.

Conde.

Virgilio no ha vertido esta idea en su égloga; pero sí la imitó en el libro IV de su *Eneida* donde excede á Teócrito:

*Nox erat, et placidum carpebant fessa soporem
Corpora per terras, silvæque et sæva quierant
Aequora: cum medio volvuntur sidera lapsu;
Cum tacet omnis ager; pecudes, pictesque volucres;
Quæque lacus late liquidos, quæque aspera dumis
Rura tenent, somno positæ sub nocte silenti
Lenibant curas, et corda oblita laborum:
At non infelix animi Phenissa.*

Era la noche: por la inmensa tierra
Los cuerpos fatigados descansaban
En un plácido sueño sumergidos:
Dominaba en las selvas el silencio,
Y en el furioso mar calma profunda:
Cuando al zenit los astros encumbrados
De la mitad del cielo descendian;
Y calla todo el campo; y los tendidos
Rebaños mansos y pintadas aves,

Los peces de las líquidas lagunas,
Y las fieras que en estos terrenos
Se albergan entre espesos matorrales
Todos gozaban de tranquilo sueño,
Sus celos olvidando y sus amores;
Y de cuidados y de penas libres
Los humanos sus fuerzas reparaban:
Menos Dido infeliz, etc.

El Sr. Hermosilla ha observado en su obra ya citada «que lo de *lenibant curas* referido á los animales no es muy exacto; y que sospecha falte un verso, en el cual, volviendo á los hombres, dijese el poeta que en el sueño olvidaban sus cuidados y reparaban sus fuerzas.» Por eso en la traduccion que hizo de este pasaje, refirió los cuidados al hombre, que es de quien puede decirse con propiedad que los tiene y los olvida mientras duerme: y yo en mi traduccion he seguido al Sr. Hermosilla, por parecerme muy fundada esta observacion.

Véase aquí otra pintura de la noche, en que mi amado maestro D. Alberto Lista pinta una situacion semejante en un pescador, que á la orilla del Bétis esperaba el punto de la media noche para pasar á la otra banda con su barca, donde lo aguardaba su querida:

Del alto zenit Apolo
Al seno de Tétis baja,
Y en el mar del occidente
El dorado carro lava.
De entre las ondas envia
Rayos de su luz templada,
Que apenas torcidos doran
Las cumbres de las montañas.
Perdido el tibio reflejo
Por el ancho viento vaga,
Y del incendio del día
Vuela fugitiva llama;
Hasta que entre densas nieblas

Amortecida se apaga,
 Y el imperio de las sombras
 Deja á la noche atezada:
 A la noche, que figiendo
 Los negros caballos pasa,
 Y opio y beleño sacude
 De sus voladoras alas.
 Ante ella la planta-incierta
 Perezoso el sueño arrastra,
 A quien las medrosas horas,
 Callado coro acompañan.
 El negro manto, que pende
 Del cielo en la cumbre alta,
 De uno á otro polo tendido
 Entrambos orbes abraza.
 Su tiniebla oscura en tanto
 Trémulo esplendor traspása,
 Que en encendidas centellas
 Vierte la esfera estrellada.
 Cuál, del apacible oriente
 Asciende al cenit ufana;
 Y cuál en ve'oz carrera
 Al turbio ocaso se lanza.
 El astro fijo del polo
 Arde en su eterna morada,
 Y á las sombras del silencio
 Preside su lumbré clara.
 En tardo curso á su lado
 Revolviendo el carro baja,
 Y el resplandeciente Arturo
 Rige sus ruedas nevadas.
 En pos de él girando corren
 Las estrellas más lejanas,
 Y por el callado cielo
 Al helado mar resbalan.
 Las aguas del manso rio
 Con plácido estruendo pasan,
 Que la flébil Eco lleva

A las vecinas montañas.
 Rendidas las flores yacen,
 Sus tiernas hojas plegadas,
 Que del nocturno rocío
 El fresco céfiro cuaja.
 El prado duerme: las aves
 Los calientes nidos guardan;
 Y aterido el mundo espera
 La dulce risa del alba.
 Solo y despierto, la vista
 Tendida á la opuesta playa,
 El amante Anfriso yace
 Al umbral de su cabaña.
 En la playa, do amorosa
 Su tierna Elisa le aguarda,
 Cuando en el cenit del cielo
 La noche su curso parta.

He querido poner toda esta descripción entera, por lo valiente que es, por lo acabada, por lo hermosísima. Esta muestra y la que queda citada del Sr. Reinoso caracterizan el talento poético de sus autores, y justifican lo que dice el Sr. Miñano en su Diccionario geográfico, artículo de *Sevilla*, sobre los poetas sevillanos, dignos discípulos de la escuela de los Herrereras y Riojas.

En otra parte la encantadora de Teócrito, dice:

..... amor mil veces
 Suele encender muy más ardiente llama,
 Que Vulcano de Lipari en las fraguas;
 Y con cruel furor á la doncella
 De su retrete saca, y á la esposa
 Del tálamo aún caliente, abandonado
 Del varón.

Estos sentimientos apasionados seducen al lector, y le hacen participar del delirio que enajena á Simeta. Su sortilegio por esta mezcla viene á hacerse verosímil; perfección á que Virgilio no aspiró.

V. 69. *Carmina de caelo possunt deducere lunam...* Algunos críticos han reprobado á Virgilio el haber descrito estas escenas supersticiosas, suponiendo que están distantes de las costumbres pastorales; pero lo cierto es que la superstición se halla más entre la gente del campo, porque son sencillas é ignorantes, que entre la de las ciudades. Todas las hechiceras y embaucadoras han sido unas miserables, que además de su baja esfera, se han hecho más infelices por su invencible ignorancia. Dice Delille en su poema de *La imaginación*:

*La superstition sied bien au paysage
Triste dans les cités, elle est gaie au village.*

La superstición por otra parte no es ajena de las pasiones humanas; y se observa que tres especies de gentes son esencialmente supersticiosas: los ambiciosos, los jugadores, y los enamorados; porque viven siempre pendientes de un incierto porvenir, se alimentan de temores y esperanzas, y las más leves ocurrencias las toman como prevenciones del destino. El amor sobre todo habita comunmente en un mundo de prestigios, y ayudado de la imaginación es siempre crédulo y fácil á dejarse persuadir. Cuando una mujer emplea la magia para atraer á su amante, con poco bien que le suceda tiene sobrado para creer que los sortilegios le han sido favorables; atribuye el buen éxito al arte ..gromántico, y es el amor el verdadero mágico y el verdadero encantador; por eso las palabras de *hechizo* y de *encantamiento* se han conservado en el dialecto amoroso. No es extraño que los amantes sean supersticiosos, porque dominados de sus pasiones fácilmente se persuaden que en ellas hay algo de sobrenatural.

Las elegías de Propercio y de Tibulo abundan en descripciones de ceremonias mágicas, que se plegan bien al sentimiento; ellas prestan sus encantos á la poesía, que vive de ilusiones, porque ella misma es una encantadora. Juan Baurista Rousseau escribió una cantata titulada la *Circe*, en que explayó todos los recursos del arte. Citaré el siguiente fragmento de la oda de nuestro Quintana á Luisa de Todi, cuando

cantó en el teatro de Madrid las dos óperas de *Armiday Dido*, en donde describe el poder mágico de la encantadora Armida:

¿Qué se negó de la falaz Armida
Al mágico poder? Su voz sonaba,
Y el bátrato profundo
De sus lóbregos senos alanzaba
El tremendo escuadron que la servia.
Viérase al punto de infernal veneno
Toda inundarse en derredor la esfera:
Arder el rayo y retumbar el trueno:
La rápida carrera
Suspenderse del sol, bramar los vientos.
En sus hondos cimientos
Estremecerse el mar; y mal segura
La tierra contrastada
De sus ejes eternos desquiciada.

V. 70. *Carminibus Circe socios mutavit Ulexi...* Circe, segun Hesiodo, era hija del Sol, grande hechicera, que habitaba en un monte cerca de Gaeta, ciudad de la Tierra de Labor en el reino de Nápoles. Habiendo pasado por allí Ulises de vuelta de la guerra de Troya, le convirtió los marineros en bestias, desgracia de que pudo precaverse á favor de una hierba que le habia dado Mercurio, y con amenazas logró se los restituyese á la figura humana. Despues permaneció con ella un año, de quien tuvo á su hijo Telegon, que vino á ser el asesino de su padre.

Ulises era rey de Itaca, hoy Cefalonia la chica, que pertenece á la república de las Siete Islas Jónicas. Fué reputado por el más sabio de todos los griegos de su tiempo. Se halló en la guerra de Troya, y al volverse á su patria erró muchos años por los mares, sobre cuya navegacion y viajes compuso Homero el famoso poema de la *Ulisea* ú *Odisea*.

V. 77. *Amarylli...* Era la criada que servia á la hechicera en este sacrificio, cuyo nombre nos ocultó Virgilio.

V. 82. *Sparge molam...* La mola ó *salsamola* era una mez-

cla de harina tostada y sal molida, que se usaba en los sacrificios, con la que rociaban la víctima.

V. 85. *Talis amor Daphnin, qualis cum fessa juvencum.*
Melendez se valió de esta misma comparacion:

Ciervilla enamorada,
Que en su furor vehemente
Corre el monte y bramando
Los aires ensordece.

V. 95. *Has herbas...* Hierbas venenosas que llamaban *verbenas*, denominacion que daban generalmente á todas las que usaban en los sacrificios, bajo cuyo nombre se significan en el verso 65 de esta égloga.

V. 96. *Ipse dedit Mæris...* Méris fué famoso hechicero, que se convertia en lobo y trasformaba las cosas á su placer. En la supersticion de los antiguos no era extraña esta creencia, cuando San Agustin refiere que Varron habla de unos hombres de Arcadia que, atravesando un estanque, se convertian en lobos. Me abstengo de notar lo demas que sigue, porque sería muy prolijo, y todas son ceremonias mágicas, que por sola su relacion se comprenden. Lo mismo debo decir de las palabras sagradas que la hechicera hace decir á su criada, y de los muebles que hacian parte de estos sacrificios.

En este lugar observa Michaud que las imágenes y sentimientos de esta égloga están más desenvueltos en el libro IV de la *Eneida*. Que en las quejas de Damon se ve á un amante desgraciado, que termina sus días de una manera trágica; y que este amante se parece á Dido. El pastor exclama en su desesperacion:

Conozco hora al amor, niño terrib
Que no ha nacido de linaje humano.
De las peñas del Ródope insensible,
Ó del fragoso Etmaro empedernido,
Ó de los más remotos Garamantas
El fiero ha procedido.

Dido dirige á Eneas estas mismas imprecaciones:

*Nec tibi diva parens, generis nec Dardanus auctor,
Perfide! Sed duris genuit te cautibus horrens
Caucasus, Hyrcanæque admorunt ubera tigres.*

Ni de una diosa, ¡oh pérfidol eres hijo,
Ni del ilustre Dárdano descendes:
El Cáucaso horroroso te ha engendrado
Entre sus duras peñas, y de Hircania
Las tigres á sus pechos te han criado.

La hechicera recurre á la magia para atraer á Dafnis á su amor:

Méris me dió estas yerbas venenosas
En el Ponto cogidas, que su seno
De venenosas yerbas está lleno.
Yo le he visto con ellas
En lobo trasformarse,
Y en las selvas fragosas internarse:
Hacer salir los muertos
Del hediondo sepulcro,
Las mieses arrancarlas
De su campo nativo, y en un vuelo
Á su voz trasportarlas,
Y hacerlas arraigar en otro suelo.

Dido, desesperando de poder reducir á Eneas para que no partiese de su lado, quiere hacer venir á una maga, y hablándole de ella á su hermana, le dice:

*Hæc se carminibus promittit solvere mentes
Quas velit: ast aliis duras immittere curas:
Sistere aquam fluviis, et vertere sidera retro:
Nocturnosque ciet manes: mugire videbis
Sub pedibus terram, et descendere montibus ornos.*

Ésta con sus hechizos asegura
 Puede sanar de amor á quien quisiere;
 Y puede hacer que el alma más tranquila
 De un furibundo amor sufra los males:
 Detener la corriente de los rios:
 Que á su voz retrocedan las estrellas,
 Y de los muertos evocar las almas.
 Verás bramar bajo tus piés la tierra,
 Y descender los fresnos de los montes.

La hechicera coge las prendas que habia dejado en su poder Dafnis, y las encierra debajo del umbral, confiada en que ellas le han de atraer á su amante.

Aquestas ropas tuyas, que otro tiempo
 Dejó el pérfido amante
 En mi poder, entonces prendas caras,
 Á la tierra las mando en este instante:
 Bajo el umbral metidas,
 Mis memorias se lleven,
 Si de mi mal movidas
 Á mi amor no lo vuelven.

Dido sube á la pira, toma en su mano la espada de Eneas, ve allí los vestidos del héroe, y prorumpe:

*Dulces exuvie, dum fata deusque sinebant,
 Accipite hanc animam, meque his exolvite curis.*

Oh dulces prendas, miéntras que Dios quiso
 Y los hados así lo permitieron,
 Recibid hora aquesta vida mia,
 Y acabad de una vez con mis tormentos.

Garcilaso lo imitó en un soneto:

Oh dulces prendas por mi mal halladas,
 Dulces y alegres cuando Dios queria.

Aun podrian hacerse otras comparaciones que el lector fácilmente podrá notar entre esta égloga y el libro IV de la *Eneida*. En ambos lugares se advierte el mismo fondo de ideas y las mismas pasiones; y parece que Virgilio preludiaba ya entónces al són de su flauta pastoril aquel magnífico episodio sobre el desastrado amor de la reina de Cartago, considerado como la obra maestra de la antigüedad.